

En la capital, al mes una peseta, fuera cuatro pesetas trimestre. Anuncios y comunicados a precios convencionales. Pago adelantado. NÚMEROS SUELTOS 5 CENTIMOS ATRASADOS 10

Las Provincias de Levante

Faquetes para la venta, a 0'75 pesetas mano de 25 ejemplares. Toda la correspondencia administrativa se dirigirá al administrador. D. Mateo Salguero Almirante Crédito Público, 11. No se devuelven los originales.

Año XVII.-Núm. 4995 Murcia: Jueves 27 Marzo 1902 Tres ediciones diarias

EDICION DE LA NOCHE

EL TESTAMENTO NUEVO

Era obsequio muy usado entre los hebreos lavar los pies a los peregrinos en el acto de recibirlos en casa y antes de sentarlos a la mesa.

En la noche del Jueves Santo, Jesús lavó los pies de los Apóstoles antes de la cena por autonomía, de la institución de la Eucaristía en la cual se distribuye el divino manjar que sustenta y vivifica las almas, durante la noche de la vida terrestre, hasta amanecer el día de la eternidad bienaventurada.

Terminado el lavatorio, sentóse Jesús de nuevo a la mesa, llamó la atención de sus discípulos acerca del acto que acababa de realizar, y que ellos debían imitar en lo sucesivo; y tomando el pan (en sus divinas manos) dió gracias y lo bendijo, y lo partió, y lo dió a los discípulos diciendo: *Tomad y comed, este es mi cuerpo que será entregado por vosotros; haced esto en memoria de mí.* Igualmente al tomar el caliz lo bendijo con acción de gracias, y se les dió diciendo: *Bebed todos: esta es mi sangre del Nuevo Testamento, que será derramada por vosotros y por muchos para remisión de los pecados. Haced esto siempre que la bebiereis, en memoria de mí.* Entonces se instituyó por Jesucristo el sacrificio Eucarístico, recibieron por vez primera los Apóstoles la Sagrada Comunión y fueron investidos del carácter sacerdotal.

En efecto, el acto referido, tal como lo describen los Evangelistas San Mateo, San Marcos, San Lucas y el Apostol San Pablo, a través de la santidad y de la sencillez encantadora de la letra nos permite entrever, palpante de amor, emocionado por la divina caridad, el corazón del Dios-Hombre, que previendo su próxima muerte, redacta solemnemente su testamento, el *Testamento Nuevo*, con tres cláusulas o disposiciones, síntesis de las divinas misericordias de Dios para con el hombre.

Primera, institución de la Eucaristía como Sacramento, para manjar de los fieles: *Tomad y comed, este es mi cuerpo... bebed, esta es mi sangre del nuevo Testamento.* Había llegado el momento de cumplir la magnífica promesa hecha por Jesucristo en la Sinagoga de Cafarnaum, cuando dijo: *Yo soy el pan vivo que he bajado del cielo.* Si alguno comiese de este pan, vivirá eternamente; y el pan que yo daré es mi carne para vida del mundo. Porque mi carne verdaderamente es manjar, y mi sangre verdaderamente es bebida». Ahora conocían experimentalmente los Apóstoles la traza maravillosa con que Dios se da en alimento a su criatura, y el Verbo Divino quiere unirse en estrecho abrazo a los hombres, cuando les invita lleno de misericordia diciendo: *Venid a Mí todos los que sufrís y estais oprimidos, y Yo os aliviaré.*

Segunda, la institución del Sacrificio de la ley de gracia: *Este es mi cuerpo, que será entregado por vosotros... Esta es mi sangre que será derramada por vosotros y por muchos para remisión de los pecados.* La mesa del cenáculo fué el primer altar, sobre el cual ofreció Jesucristo al Eterno Padre un sacrificio verdadero, la oblacion santísima de su cuerpo y de su sangre por la redención del mundo.

El sacrificio eucarístico es el mismo sacrificio de la Cruz: no difieren substancialmente, porque en ambos casos, «Cristo es el sacerdote de su víctima y la víctima de su propio sacerdocio». El mismo es la oblacion y el oferente principal. Solo en cuan-

to al modo hay diferencia, porque en la cruz el sacrificio había de ser cruento, y en la Eucaristía la efusión de sangre no se verifica con el aparato horrible del sacrificio absoluto, sino con la inmolación mística, mediante la cual el cuerpo y la sangre de Cristo son presentados y ofrecidos separadamente sobre el altar. En esta noche memorable dió Jesucristo por abolidos los sacrificios simbólicos de la antigua ley, quedando cumplida la profecía de Malaquías al pueblo judío: «No está mi voluntad con vosotros, dice el Señor de los Ejércitos, y no recibiré ofrenda de vuestra mano; pues desde el oriente hasta el ocaso mi nombre es glorificado en las naciones, y en todo lugar es sacrificada y ofrecida a mi nombre una oblacion pura».

La institución del sacerdocio cristiano es la tercera disposición del *Nuevo Testamento*: *Haced esto en memoria de mí.* Solo una virtud divina es capaz de realizar los portentos eucarísticos obrados por Jesucristo en la última noche de su vida mortal; y esa virtud divina fué comunicada por El a los Apóstoles y sus sucesores, a quienes encargó la renovación de los augustos misterios, diciéndoles: *Haced esto en memoria de mí.* No se concibe que la Sabiduría infinita diera encargo semejante sin transferir a la vez la potestad sublime del sacerdocio católico, el cual es derivación y participación del sacerdocio eterno de Jesucristo.

En esta noche, más espléndida que el más luciente mediodía, el sacerdocio humano cesó su puesto al sacerdocio divino de Jesucristo, ejercido primeramente por El en la tierra, y después ministerialmente por sus legítimos delegados, los sacerdotes de la Iglesia católica.

Tales y tan inefables riquezas donaba el Señor a los hombres, la vispera de su muerte, precisamente cuando los hombres urdian horrible conjuración contra el Bienhechor divino.

Así es su Iglesia, prolongación de la vida de Jesucristo en la tierra y continuadora de su obra redentora: incansable sigue distribuyendo los dones de sus gracias, las riquezas de su sacrificio y multiplicando las tareas de su apostolado mientras el mundo trama su muerte.

Pero no lloreis por Jesús, ni por su obra: ellos no mueren: llorad por los perseguidores y por sus hijos.

FELIX SANCHEZ
Canonigo Lectoral.

LA MUERTE DE JESÚS

Detente, humanidad, póstrate, mundo; el Dios inmenso que en el sol se asienta, el que hace hervir al piélago profundo con el soplo voraz de la tormenta; el que brilla magnífico y sereno sobre las cumbres del azul palacio y de grandeza lleno esclaviza la mar y acalla el trueno, prendiendo el iris por el ancho espacio; el que pobló de estrellas su rico eden, cual refulgente coro, adornando con ellas del firmamento las alfombras bellas, como en azul jardín flores de oro; el Hijo de María, pendiente de una cruz y ensangrentado del pueblo entre la ronca gritería, turbando el mar y oscureciendo el día, acaba de morir crucificado.

Humíllate, mortal; la sangre pura que herviente corre y en la cruz gotea, hierve también en tu conciencia oscura; póstrate y calma tu dolor profundo, tu triste error y tus pecados llora, vierte llanto fecundo, que hasta la inmensa redondez del mundo es pobre altar para el que a Dios adora. Abre a la fé cual rico santuario tu corazón doliente; la sangre de Jesús desde el Calvario irá rodando a salpicar tu frente; dobla la altiva sien: rómpase el grito de tu inmenso dolor, y avergonzado ház que se borre, ante la Cruz postrado, la mancha de tu bárbaro delito. Con pabellón de nubes enlutada

la bóveda del cielo aparecía, y en la tierra, de crímenes preñada, la sangre del Señor corre mezclada con las lágrimas puras de María. El mar levanta furibundo grito, ruge el abismo entre su fondo oscuro y el cálido volcán del infierno el cráter rompe de su inmenso muro. ¡Quién ¡ay! descubre su insondable arcano! ¡Quién su cólera enfrena, si está enclavada la potente mano que humilló la altivez del Oceano con leve cinta de menuda arenal!

Gimiendo el aura va de riesgo en riesgo, y de tristeza lleno sepulta el sol su refulgente disco, al eco ronco de la voz del trueno. Pálida sobre el Gólgota la luna, apaga sus medrosos resplandores, y en el valle gentil, de flores cuna, tiemblan de horror las moribundas flores. En los azules velos dilatados no brillan las estrellas, ¡y cómo han de brillar, si están cerrados los ojos adorados donde su blanca luz bebieron ellas!

Como niebla flotante que del seno del mar trémula sube blanca bordando, convertida en nube, de los espacios el dosel brillante; como el suspiro temeroso y vago que arranca el viento al declinar el día del bosque melancólico y del lago; como la débil voz desgarradora que en el hogar del trovador doliente espide un arpa que temblando llora, así con dulces y apacible calma, en éxtasis de amor adormecida, hoy a los cielos se levanta el alma lejos de las tormentas de la vida.

Señor, tu cabellera es el rayo del sol; tu régia planta, al recoger los mundos, de la esfera polvo de estrellas sin cesar levanta; tu mirada es la luz con que ilumina el rosicler del iris las alturas; tu plegaria es la tarde que declina por las desiertas bóvedas oscuras. Tú revistes de púrpura y de plata el denso cortinaje de la bruma, y desplomas la ronca catarata con los doseles de su blanca espuma; nubes de azul, de rosa, y de amaranato pintan los aires de tu eden fecundo, y en cada pliegue de tu augusto manto despierta un sol y se levanta un mundo.

¡Y tú vas a morir! Verluquen los mares sus turbias ondas en terrible guerra, devorando los senos de la tierra y subiendo del sol a los altares; quebrántense los pueblos dilatados al grito de las aguas cristalinas; húndanse por los aires dibujados esqueletos de torres levantados en pedestal de lóbregas ruinas; esconda el sol sus rayos refulgentes de eterna noche en el abismo yerto, y torcidas cadenas de serpientes arrastre el hombre en áspero desierto, antes que en medio de la Cruz sagrada, y del viento a los fúnebres cantares, espire el que en las sombras de la nada hizo rodar los mundos y los mares.

¡Y has de morir! Las riendas de tu mano no detendrán entonces la carrera del indomito y bárbaro Oceano; no flotará en los aires la bandera de los rayos del sol; los huracanes romperán los abismos de los montes donde tienen su cárcel los volcanes. Se arrastrarán con ímpetu bravo torciendo el cauce y hácia atrás rodando el golfo hirviendo y el revuelto río. ¡Vas a morir! Levántanse las nubes, cual un suspiro del callado suelo, y gimen como voz de los querubens las arpas de las vírgenes del cielo. Dejad que el viento por el mundo ruge; que el mundo se estremezca en su ruina; es porque el mundo sostener no puede el peso santo de la cruz divina!

Vedle subir la fúnebre garganta del seco peñasal; mirad las rocas partirse con la sangre de su planta; contemplad tras el lóbrego horizonte el sudario de nieblas que se agita, y ved alzarse en el Augusto Monte el cadalso de un Dios, la Cruz bendita.

¡Piedad, Señor! La plebe turbulenta en ronca y destemplada algarabía, con sorda calma tus suspiros cuenta, observando en tu faz amarillenta descomponer tu frente la agonía. Los vientos perzozos de la tarde enjugan el sudor ensangrentado que gota a gota en tus mejillas arde. Mudo tropel de errantes golondrinas te cubre con sus alas, y arranca de tu frente las espinas. ¡Vas a morir, Señor! Cárdena espuma en hilo frágil por tu labio ondea. ¡Cuánta fatiga tu semblante abruma y cuánta sangre de la Cruz gotea! Inclínase tu frente dolorida y la luz de tus ojos te abandona, ¡y Tú que en la mañana de la vida le diste un sol al mundo por corona!

¡Si, muerto está! con alas de crespones

avanzan las tormentas del cielo en los oscuros pabellones. Rompe el volcán las cóncavas entrañas de su cárcel de fuego, cual monstruo que estremece las montañas. Por los valles umbríos perdidas bullen las sonoras fuentes, los golfos, las cascadas y los rios; quiebra la mar sus ásperas cadenas, y encagé de relámpagos arrastra corriendo más allá de las arenas. En las nubladas bóvedas medrosas el sol apaga sus hogueras puras y en sorda convulsión saltan las losas de las calladas, hondas sepulturas; se estremecen los polos en la esfera y la creación palpita quebrantada, cual si de nuevo el mundo se perdiera en los yertos abismos de la nada. ¡Murió el Señor! con fúnebre agonía las arpas de Salem gimen con duelo, y los ángeles cantan en el cielo y a los pies de la Cruz llora María. Quebrada luz los horizontes dora; el cadáver de un Dios cubre el sudario; la santa Virgen a sus pies lo llora, y de los mundos la oración sonora los funerales canta del Calvario.

Apagado rumor; eco salvaje; voz que estremece de Salem el muro; águilas que empapan vuestro plumaje sobre los bordes del cedrón oscuro; lúgubres cáñadas que en la noche umbría palidece desierta y moribunda en la cima del Gólgota sombría; huerto de la oración, bosques secretos que lloráis tras las lóbregas cañadas; cárdenos y amarillos esqueletos de nubes por los aires desgarradas; últimos desmayados resplandores del sol poniente que a los lejos arde; cisnes que sois los tristes trovadores de la orilla del mar allá en la tarde; conservad las dolientes melodías que se agitaron en el alma inquieta, y recoged las muertas armonías que brotaron del arpa del poeta.

ANTONIO F. GRILLO.

JUEVES SANTO

Tres días hay en el año—que relumbran más que el sol—Jueves Santo, Corpus Cristi—y el día de la Asceasion.

Esto es lo que el canto popular dice. Jueves Santo es el primero. Es el día más grande.

Encierra en sí mucha melancolía, infinita tristeza.

La Naturaleza misma nos dá a manifestar que el día es de luto.

Todo parece más callado.

La población que momentos antes estaba animada, con sus vocerios y el ruido propio de los carruajes al rodar por las calles, queda muda, el silencio reina por doquier.

Y la huerta y los campos parece tambien que se unen al duelo de la ciudad. El obrero de la tierra deja el trabajo; los árboles al agitar su ramaje a los besos del viento nos parece que entonan canciones fúnebres.

Todo, pues, convida a la meditación y al reposo.

Hasta las campanas dejan de mover sus badajos y quedan mudas hasta el sábado en que lanzadas al vuelo cantan el «Gloria in excelsis».

En este día de luto el pensamiento vuela lejos, muy lejos; allá donde se desarrolló el grandioso drama en el que el personaje principal fué el Hijo del Eterno, el Hombre-Dios.

Y entonces ve la mente lo que la distancia oculta a los ojos: la gran Jerusalen.

En ella entró triunfante Jesús entre palmas y olivos y los vítores de la multitud que más tarde pedía su muerte.

Vuela el pensamiento más, la ilusión contempla seres reales y parece que vé a aquellos grandes hipócritas que impulsaron al pueblo a pedir la muerte del Rey de los reyes; los grandes hipócritas, los grandes envidiosos y los grandes avaros.

Y vé a Judas entregando a Jesús por treinta monedas; a Judas que entregó a su Maestro... y cree presenciar el ósculo del traidor discípulo.

La Pasión, el Vía-crucis se presenta en toda su grandiosidad. Los azotes, la corona de espinas, las burlas, todo, todo lo vé como si hubiera presenciado el drama terrible. Se comprende, entonces, que aquello no podía sufrirlo un hombre. Era necesario que fuera un sér sobrenatural; una voluntad superior debía darle alientos. El más increíble tiene que confesar que era Dios; no otro que El podía sufrir aquel martirio sin que la materia no se rindiera.

Jesús fué hasta el Calvario; llegó a él como manso cordero que van a sacrificar; sin protestar ante sus verdugos. Y allí en el Calvario, al elevar su cuerpo clavado en un tocso madero en forma de cruz, el hombre quedaba redimido. El pueblo no sintió angustia alguna; pero la Naturaleza manifestó su tristeza ocultándose el sol y temblando la tierra en sus cimientos. El final del drama fué tremendo. El pueblo bullicioso que alborozado se retirara al ver as-

tisfechos sus sangrientos deseos, al presenciar el espectáculo aterrador de la Naturaleza, tembló de miedo.

Jueves Santo! Hoy es el día en que la cristiandad entera recuerda aquel Vía-crucis. Por eso lo dedicamos a la meditación, por eso vamos a los templos a oír el sermón de Pasión y a llorar arrepenidos.

F. CAMPOY PEÑA.

DOCTRINA SUBLIME

En los umbrales del siglo XX, la humanidad en sus distintas nacionalidades percibe con harta frecuencia la conmoción que con intensidad creciente producen las sacudidas turbulentas del estado llano.

La exageración en la defensa de todo ideal, y mas si es social ó político, por adaptable y eficaz que se presente al mejor sostenimiento de un equilibrio necesario, y como remedio verdadero a las necesidades de la vida, es semillero de utopías ó aberraciones que difícilmente pueden desprenderse de los cerebros donde ingresaron.

Crystalizadas a virtud de una situación difícil, irremediable por el peculiar esfuerzo, y de una inalterable estabilidad, tienen su aspecto atenuante, porque la ingenuidad nos exige la confesión sincera de que vamos olvidando, si es que alguna vez se tuvo bien en cuenta, el amor al prójimo, ese divino precepto, si conservado a través de innumerables generaciones con toda la pureza del lenguaje, no menos distanciado de su perfecto cumplimiento.

Saturadas en su índole, de positivismo y medro personal, las sociedades actuales, no puede haber otra consecuencia lógica que olvidar el amor universal, la caridad y la fraternidad que tanto encarecía el Redentor, cuando conmoviendo el mundo con su palabra le hacia renacer a nueva vida.

Evidente la despreocupación de las clases llamadas a procurar el mejoramiento de los desheredados, se presentan estos como masa compacta de una cohesión inquebrantable, templada al calor de faltas que no tienen tregua, y virilizada con la union progresiva que cada vez más los aproxima demandando soluciones que les conceda la conservación siquiera de un saludable estado fisiológico, que tras de una labor intelectual, corporal ó mixta rechace la decadencia física y el agotamiento vital; la armonía entre el trabajo y la merecida recompensa, entre un deber, si, pero tambien un derecho a la vida inherente a toda personalidad desde que ocupa un lugar en el cosmos que habitamos.

Se esforzarán en vano legisladores y sociólogos formulando leyes y sistemas para contrarrestar la avalancha imponente que afecta el socialismo; y suponer el remedio en la fuerza bruta ó en la ingeniería política es tan craso error en estos tiempos como impropio proceder de los pueblos cultos.

La sordida avaricia es condición abonable que mantiene vivo el impedimento para llegar a la retribución compensativa del trabajo según las necesidades de la época que atrevemos; por ello debemos todos imponernos como misión redentora la esterilización de los egoísmos que, salvo honrosas excepciones, vienen formando la manera de ser de los más llamados al desprendimiento, y el día que despertemos recordando que el Hombre-Dios se desvía de palabra y obra por la libertad del esclavo, por la salud del enfermo, por el consuelo de los afligidos, previniendo a los poderosos la obligación del deber y el respeto a los demás, y a todos la esperanza de otra vida de justicia; y estas recordaciones como semilla saneada se arroje a los cerebros de las generaciones juveniles, vírgenes de todo convencionalismo y amaño, de toda farsa y componenda, infiltrándose en su cabeza y en su corazón ya en el hogar, también en el venerando recinto de la escuela, con el necesario detenimiento para perdurar en la edad madura, el socialismo no tendrá razón de ser, y ciertos sectarios que a su sombra pretenden inquirir el medro de sus elucubraciones recibirán el golpe de muerte que se merecen.

A nuestra memoria vienen aquellas hermosas palabras de San Pablo, que sintetizan todo un programa de tranquilidad y bienestar universal: «Procura tú, el redimido por la sangre de Cristo, no ser contra la voluntad divina, esclavo de la voluntad humana»; explicación correctísima y precisa de donde acaba un deber y principia un derecho; y las que dirige a los corintios: «no os ensorbecéis, no buqueis el medro propio descuidando ó sacrificando al ajeno, no goceis en lo ilícito, no penseis mal ni deis cabida a la envidia»; palabras son que tienen frecuente aplicación a la sociedad contemporánea.

Jesús derribó con su humildad la soberbia, extendió los horizontes de la razón y de la libertad verdaderas, mantuvo la fuerza de ambas a despecho de la confusión de los filósofos, de la vanidad y tiranía de los magnates, de la bajeza y corrupción de todos; por eso en su tránsito terrenal se dirigía con preferencia a los débiles y a los desheredados, a los que más necesitan de consuelo y de remedio; y no es que predicara una religión de clases, porque si prefería al pobre no era porque excluyera al rico, y si fustigaba al fariseo y al saduceo no por eso procuraba menos atraerlos y convertirlos. «Ay de vosotros los ricos, decía, porque

